

LA PALABRA ERA DIOS  
Domingo segundo de Navidad  
3 de enero 2010

En el principio existía la Palabra  
y la Palabra estaba junto a Dios,  
y la Palabra era Dios.  
La Palabra en el principio estaba junto a Dios.  
Todo se hizo por ella  
y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.  
En la Palabra estaba la vida  
y la vida era la luz de los hombres.  
La luz brilla en la tiniebla,  
y la tiniebla no la recibió (...).  
Vino a su casa,  
y los suyos no la recibieron ,  
pero a cuantos la recibieron  
les da poder para ser hijos de Dios,  
si creen en su nombre”

(Jn 1, 1-5. 11-12)

LA PALABRA ACAMPÓ ENTRE NOSOTROS

San Pedro Poveda nos ha dejado escrita una profunda meditación sobre este poema con el que se inicia el evangelio de Juan: “Descendió el eterno Verbo del cielo a la tierra en fuerza del amor, y vino a los que eran suyos, porque suyos somos en el orden de la naturaleza y en el de la gracia; a Él pertenecemos en absoluto y completísimamente”.

En realidad, la Trinidad Santa se comprometía en esta venida del Verbo. Por eso prorrumplía en una asombrada doxología:

“¡Somos del Verbo! ¿Habría quien, después de pensar atentamente sobre estas verdades, niegue ser de Jesús? ¡Gloria sea dada al Verbo eterno que nos honró y nos favoreció de este modo!”

Pero a aquel santo sacerdote le impresionaba que el Verbo hubiera venido a los suyos y éstos no lo hubieran recibido. La Palabra de Dios había quedado sin oyentes.

RECHAZAR O RECIBIR LA PALABRA

El evangelio de Juan establece ya desde el principio una contraposición que aparecerá frecuentemente en sus páginas. En ellas nos encontraremos con los hijos de las tinieblas y los hijos de la luz. Ese lenguaje, habitual en algunos círculos de su tiempo, nos remite aquí a Jesús, Verbo de Dios, Palabra de Dios hecha carne.

Por el momento, el evangelio de Juan no constata las consecuencias del rechazo a esa Palabra. Más adelante las presentará como muerte (Jn 5,40) o como ceguera (Jn 9,41). Los que no escuchan las palabras de Dios no son de Dios (Jn 8,47) Quienes no creen en Jesús no creen en el que lo envió (Jn 12,44). Con amargura dirá Jesús a los guías de su pueblo: “Yo he venido en el nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, sí le recibiréis” (Jn 5,43).

Pero frente a ellos están los que recibieron en Jesús la Palabra de Dios. De esos dice el evangelio que pueden llegar a ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Insertado en el

contexto del tiempo navideño, este prólogo evangélico nos ayuda a contemplar y agradecer el misterio de la filiación que el Padre nos ha otorgado en Jesús y la vocación a vivir la actitud de la filialidad.

## LA PALABRA Y LA CARNE

A continuación, el evangelio de Juan expresa el misterio fundamental de la fe cristiana con una frase misteriosa: "La palabra se hizo carne y acampó entre nosotros" (Jn 1,14).

- "La palabra se hizo carne". La palabra de Dios no es un mero soplo. Ha guiado a los profetas y promovido la liberación de su pueblo. En Jesús se hace visible y tangible, cercana y consoladora.

- "La palabra se hizo carne". La palabra es palpitante como la carne. Como el cuerpo de Cristo. Y la carne de Jesús se convierte en gozne de la salvación y en sacramento de la gracia.

- "Y acampó entre nosotros". ¿Cómo olvidar el lento caminar por los desiertos? El pueblo de Dios había vivido en tiendas. Y la tienda en la que hablaba Dios se levantaba en medio del campamento. Jesús es ahora la verdadera tienda de la alianza de Dios con los hombres.

- "Y acampó entre nosotros". La palabra de Dios nos acompaña y nos guía, mantiene nuestra fe y nuestra esperanza y orienta las acciones dictadas por el amor.

- "Dios todopoderoso y eterno, luz de los que en ti creen, que la tierra se llene de tu gloria y que te reconozcan los pueblos por el esplendor de tu luz. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén".

José-Román Flecha Andrés